

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 77.—15 de Mayo de 1873.

*Dios es caridad. (San Juan
Epist. I, 4, 8.)*

HONRAR PADRE Y MADRE.

Los que tenemos por dicha venir de cristianos viejos, y libres de toda preocupacion en pro ó en contra que nos lleve, ya al fanatismo religioso ya á la falta de creencias, observamos la enseñaanza suave y racionalmente trasmitida, amamos como uno de los mas ricos joyeles de nuestra religion el inestimable Decálogo que, al par que revela su origen divino, es un sistema completo de filosofía en que no cabe error ninguno, y que se aplica á todos los actos de la vida en beneficio del individuo que se ciñe á su práctica, y de la sociedad en que abundan esos individuos.

No es bajo el punto de vista religioso bajo el que vamos á considerar el precepto que sirve de título á estas consideraciones, sino moral y socialmente.

«Honrarás padre y madre.»

La perversion del hombre ha hecho que se formulen como prescripciones las que son consecuencias naturales y precisas en la vida de familia, por lo que está no solo en la inteligencia, sí que tambien en el instinto.

Los padres son la providencia visible de los hijos, la representacion del Creador á quien todo beneficio se debe, los sacerdotes del hogar, el seguro y proteccion de aquellos que son sangre de su sangre, la continuacion de su vida, el raudal inagotable de sus ternezas, el manantial de sus complacencias, el mas poderoso estímulo en la tierra de sus virtudes y de sus afanes.

La naturaleza entraña el amor y reverencia á los padres, de tal manera que hasta en la misma vida de los brutos y de las fieras, mientras dura en el instinto la distincion de los padres, el hijo sigue amoroso y reconocido á aquellos á quienes debe la vida.

En el hombre, sér cuya infancia es la mas penosa y prolongada de todas las infancias, desde los mas tiernos años la inteligencia y el raciocinio toman su plaza al instinto, y comprendiendo, al par que sienten los lazos de la sangre, el beneficio que á los padres deben desde antes de venir á la vida los hijos, reconocen en ellos los mil y un motivos de gratitud y de estimacion que hasta en su dureza del castigo y en las privaciones impuestas merecen.

Las pasiones aviesas, la falta de conocimientos ó de inteligencia suficiente para comprender las relaciones que entre unos y otros median, la mala educacion las mas de las veces, han ofrecido el pernicioso y ofensivo ejemplo de los hijos que no comprenden el deber sagrado de honrar y reverenciar al padre cuyo nombre llevan, á la madre bendita y cariñosa, que no hay madre que no lo sea, que le ha llevado en su seno.

Lo estraño y lo repugnante de este ejemplo indigna tanto, que atrae sobre sí la maldicion de unos, el desprecio de otros, la censura de todos; porque no hay corazon, por poco honrado que sea, en que no se despierte la indignacion y el anatema contra aquel sér tan desgraciado que se deshonra por no honrar á sus padres.

Entre un Sem y un Jafet aparece alguna vez un Cam, que en vez de caminar de espaldas para cubrir la desnudez de su padre, la pregona y la celebra; y como maldijo el Señor á Cam, maldicen los buenos la ignominiosa accion del malo.

Son estas, convicciones que están en el ánimo de todos, aun de los que faltan en esta parte de la moral.

Apenas se comprende que á tanto llegue el extravío, que el hijo se atreva á afligir aquellos corazones que por él palpitan, y que desde que nació parece que vivan y disfruten tan solo una vida prestada para su bien; pero sucede, y una gran parte de las veces que sucede es como castigo á que la conducta de los padres se ha hecho acreedora, porque no han cuidado de imponer á los hijos con la buena educacion y el ejemplo de lo que significan la mision de los padres y los deberes de los hijos, porque han olvidado que el ejemplo de los padres es el mas firme medio de educacion, el mas persuasivo método de enseñanza, el mas fácil y mas feliz; que el deber de respetar padre y madre supone el derecho á encontrarlos respetables, á creer firmemente en ellos, á esperar lo mas justo y lo mas prudente de sus actos; que sobre todo supone la posibilidad del cumplimiento de ese mandato divino y humano.

A los padres que coartan y limitan el cumplimiento de ese deber nos dirigimos; á los que no han dejado comprender á los hijos lo que es el padre, á los que defraudan las tiernas esperanzas de los

hijos, que desde los primeros años les conceden una supremacía innegable en lo bueno, en lo justo, en lo prudente, y llegan, un día terrible, á convencerse de que sus padres están desprovistos de toda virtud, de toda prudencia, de todo recato en el bien obrar; esos seres que de tal modo llevan al santuario de la familia la aflicción que su demérito entraña, ó lo que es peor todavía, la indiferencia y la transigencia mas lata con su conducta, ni están á la altura de su misión, ni tienen derecho alguno á quejarse de la falta de respeto de los hijos, porque no han sabido hacerse respetar.

La idea de los hijos moraliza en el matrimonio, y la mujer que sin ellos vivía indiferente al mas exacto cuidado del cumplimiento de sus deberes, por su natural, sin indicación ninguna, tiende mas que nunca á lo que debe ser; guarda el hogar, administra y vigila la economía de la casa, ordena el alimento y la asistencia de los hijos, aplaca y endulza la destemplanza del marido, y como en la mas remota antigüedad decía Dion, disipa su tédio, le consuela en sus desgracias, le asiste en sus enfermedades, atempera el ardor de su carácter, suaviza los achaques de su vejez y es entonces la mujer de las Escrituras, «el sol de aquí bajo, la columna de oro sobre cimientos de plata, la alegría del esposo, la que torna bueno su corazón y prolonga los años de su vida.»

Las primeras ideas que el hombre adquiere deben referirse á la idea de la Divinidad, que censura y castiga lo *malo* y aplaude y premia lo *bueno*; esa idea moral de la Divinidad se muestra de ordinario en la entidad que los padres representan, y por ello el primer culto que comprendemos, antes de que se nos inculque la idea de Dios es el culto de la paternidad, nuestra primera religion en el orden del tiempo es el amor y el respeto, mas tarde la honra de nuestros padres, las virtudes de nuestras madres.

La idea de Dios se desenvuelve y se fortifica al mismo tiempo que la de las honras y loores de sus primeros ministros en la tierra.

Pensad pues los que no sois padres que podeis serlo un día; que entonces quisiérais borrar de vuestro pasado cuanto pueda afear la historia de cada cual; que la educación ha de basarse en el ejemplo, y que no hay ejemplo que pueda compararse al práctico, al viviente que se espone sin esfuerzo ni aparato; prevenid cuanto podais la existencia de un Cam, respetad los derechos y los deberes de vuestros hijos, no sea que un día puedan deciros como Segismundo á su padre:

«Porque aún no estoy vengado

»Del modo injusto con que me has criado,»

O como sería mas triste aún:

«Y pedirte cuentas puedo
 »Del tiempo que me has quitado
 »Libertad, vida y honor,»

como dice Calderon en su *Vida es Sueño*, porque si por fortuna nuestras costumbres son muchísimo mejores que en aquellos tiempos, por desgracia no son tan buenas aún que no se ofrezca cada día algún ejemplo de mala educación, que confunde el cariño, la llaneza y la confianza de las relaciones de familia con el libertinaje, la profanación y el menosprecio á la autoridad de los padres; ó lo que aún encontramos, aunque mas escaso, como mas pernicioso todavía, en que los padres confundan su dulce autoridad con la autoridad opresora de tiranos, como si fuesen dueños de sus hijos, degradando así la especie que como tal no reconoce otro Señor que Dios, é inspirando á los hijos, en vez de amor, una sumisión tímida y recelosa, que pueda convertirse en frialdad, desconfianza é hipocresía, cuando por una reacción temible no se torna en enemistad, despego ú ódio.

La educación del hijo ha de dirigirse mas al sentimiento que á la inteligencia, de cuya cultura se encargue la instrucción: esa educación se da en el santuario de la familia; el amor de los esposos, el cariñoso respeto que mutuamente se deben, y que lejos de entibiar fortalece los vínculos de su sociedad y coadyuva al cumplimiento de los altos fines que el matrimonio se propone; la dulce confianza que establece en familia la comunidad de todos los bienes divinos y humanos, desde las relaciones con Dios hasta los goces de los objetos mas materiales; el respeto al principio de autoridad, la consideración al prójimo y aun á los seres irracionales, que nunca tenemos derecho á maltratar; la templanza en las pasiones, la subordinación á lo justo y razonable, la buena enseñanza moral y social, en una palabra, son los medios naturales y prudentes que escusan toda prevención, todo mandato para que los hijos cumplan placenteros el dulce, el grato, el nobilísimo y honroso deber de honrar y defender la honra, la estimación, la buena memoria de sus padres, que es la base de su honra, de su estimación, de la benevolencia que se atraen los mismos hijos.

¡Bendita la memoria querida de la madre veneranda y santa, ángel sublime del hogar y de cuanto hubo en torno suyo; del padre, austero esclavo del deber y de la familia, amigos tiernos y cariñosos de sus hijos, que supieron hermanar la autoridad con el amor, la virtud con los placeres, la estimación y la dignidad personal con la

sumision á los padres, el respeto con la mas tranquila confianza, con la mas confiada franqueza!

¡Bendita esa memoria tan grata que tanto nos enorgullece, que vivirá en nuestro corazon mientras aliente, y que trasmitiremos, si el cielo nos lo concede, como la primera y mas rica herencia á nuestros hijos!

Para amar, para respetar, para honrar á los padres y complacerse en cantar sus alabanzas, cuando se ha tenido la dicha inefable de tener padres, parecidos, si no tan buenos como los que perdimos, basta con haberlos conocido. Exigir, desear otra cosa, sería desconocer y negar quizá la deuda mayor que con Dios tenemos por habernos dado unos padres semejantes.

Pero todos los padres no son como aquellos, y aun como aquellos es muy difícil que haya muchos; ha de perdonársenos que á la dulce memoria de los nuestros hayamos rendido un justísimo y débil tributo, para volver á ocuparnos en términos generales de las relaciones de familia que determinan natural y fácilmente el cumplimiento del deber á que nos referimos.

Indicábamos unas líneas atrás los medios fáciles de conseguirlo por la buena enseñanza moral y social.

Insistimos y generalizamos, porque aunque no tengamos la mision de enseñar, tenemos el deber de ayudar á los demás cuanto podamos.

No debe llegarse al matrimonio sin comprender bien, cada cual en su esfera, los altos fines que á la sociedad conyugal se confian.

Debe tenerse en cuenta el consejo de los padres para la eleccion del compañero de toda la vida: procurar que la educacion sea tal, que la del uno no desmerezca de la del otro esposo; inculcarse á los hijos la grandeza de esa sociedad en que entra por tanto lo divino, que en ningun pueblo de la tierra se ha satisfecho la humanidad con la sancion de las leyes, y ha buscado siempre el amparo y la intervencion de sus dioses hasta en el mas grosero paganismo, hasta que un materialismo filosófico se ha contentado con considerarlo como un contrato simplemente humano.

Ha de ponerse el mayor esmero en la educacion, por desgracia harto descuidada, de la mujer, con lo cual valdria la humanidad muchísimo mas de lo que vale, porque la mujer es la sacerdotisa del hogar, la que mas siente la necesidad de estar á la altura de su destino.

Ha de exigirse en esta desde la mas tierna infancia la virtud firme y sencilla, conocedora de lo bueno y de lo malo; y al paso que como para estimular otros cuidados se la hable del matrimonio, elevarla á la esperanza frecuentemente olvidada de que un dia sea madre.

¡Ah! ¡Si este pensamiento imperase mucho en la mujer, las mas de las desgraciadas que han de reprocharse un pasado denigrante, cuán otras serian!

No lloraria pesarosa, desesperada, aunque al cabo redimida como la Salada de Espronceda:

..... «Nunca hasta ahora
Mi bajeza en el mundo he conocido.»

Si la madre, si la que ha de ser madre pensara en que un dia podia avergonzarse ante la pureza de la hija, esa pureza que anhela conservar á costa de todo y por cima de todo; que una lengua malvada é imprudente pudiese manchar el casto oido de la hija con una historia reprensible, que no hay historia de mujer, por secreta, por recóndita que sea, que no se sepa, y que mas pronto ó mas tarde no se divulgue, no habria mujer que se atreviese á faltar á lo que á su propia estimacion se debe; no habria hija que se avergonzara ni hijo que se desesperase con relatos que desprestigian la memoria de lo que ha de ser mas santo, mas sagrado para el hombre.

Si los que han de ser padres meditasen que la mas rica herencia que pueden dejar á esa continuacion de su sér, á ese pedazo de sus entrañas que se llama hijo, es un nombre sin mancha, llegarían exentos de todo recuerdo roedor, de toda memoria denigrante, al santuario del amor, al firmísimo seguro de la familia.

Y entonces, ¡cuán pocos y cuán culpables serian los hijos que no honrasen padre y madre!

¡Cuán difícil es persuadir á la observancia de lo que se menoscaba ó se rebaja!

¡Cuán penoso sostener la autoridad sin mas apoyo ni prestigio que el de la palabra, teniendo en contra, como testigo acusador, la práctica de los hechos!

El que no se respeta, no sabrá infundir á los demás respeto alguno.

El que no guarda incólume su honra, mas preciada que al armíño su blancura, no puede exigir que se reverencie ni tribute por nadie, ni tiene fuerza moral alguna para inducir á ello al hijo.

Para este no debe existir prueba de ningun otro linaje contra la estimacion, que la que el ejemplo de sus mismos padres le suministre palmariamente; entonces debe caminar de espaldas hácia ellos, como los buenos hijos de Noé, y cubrirles su desnudez.

Y nunca, aunque se desgarré su alma herida por la mas triste y dolorosa de las convicciones, consentir que persona alguna escarnezca, ataque ni empañe la para él sagrada honra de sus padres.

En suma, al hijo toca obedecer, reverenciar, servir, «honrar padre y madre:» á estos facilitar por todos los medios y á costa de todo el cumplimiento de sus deberes: que no hay derecho sin deber, ni el deber se concibe sin el derecho.

Rafael Atard.

LA CIENCIA DE SER FELIZ.

ARTÍCULO 7.º

Las comparaciones.

Si en el curso de estos consejos contra la desgracia hemos dado algunas veces cierta elevacion á las ideas, porque así lo requería la índole de los objetos que tratábamos, hoy descendemos á lo mas prosáico y vulgar, á lo que siendo de simple sentido comun, nos sucede ó puede suceder diariamente en todas las situaciones de la vida. Pero, no por ser vulgar, deja de ser importante el ligero exámen que conviene hagamos sobre la filosofía práctica, y la fuerza de conviccion y de consuelo que encierra el comparar lo que nos sucede con lo que sucede á los demás.

Dos criterios muy opuestos entre sí pueden presidir á la comparacion de las felicidades ó infelicidades propias con las ajenas: el criterio vicioso de la envidia, que nos aflige por el espectáculo del bien que vemos en los demás, y el criterio del consuelo, que sentimos al contemplar males que otros sufren y que nosotros pudiéramos tener que sufrir tambien. Dejemos el primer criterio; para la envidia no debe haber mas sentimiento que la repulsion, ni mas consejo que el detestarla: fijémonos en el segundo, que abre mucho campo de fáciles y sencillos consuelos.

Venimos al mundo en virtud de la voluntad omnipotente de Dios, que es quien en sus inescrutables designios marca á cada individuo el lugar, la posicion y las circunstancias en que debe vivir. ¡Ley ineludible, á que todos estamos sujetos!

Partiendo pues de este principio ú origen de nuestra existencia, el hijo de príncipes ha podido serlo de mendigos; el que nace en una cabaña ha podido nacer en un palacio; el que recibe las primeras caricias maternas ha podido quedar entregado al torno de una inclusa; y el que abre los ojos á la luz entre gentes civilizadas, pudo haberle cabido la triste suerte de hacerlo entre los miserables esquimales de la Groenlandia ó entre los infelices negros de la esclavitud.

A nadie se ha consultado sobre lo que debia ser: nadie ha podido influir sobre su primer destino en la tierra.

Ahora bien; el que se crea infeliz por haber nacido en posicion humilde ó menos elevada que otras, el que envidie á los mas elevados comparándolos consigo mismo, que haga otra comparacion con los mas decaidos, con tantos séres desdichados, pobres, sin familia, enfermos, ciegos, mutilados, ignorantes y embrutecidos.

Esta sencilla comparacion se presenta todavía mas elocuente cuando, pasada ya la primera edad y lanzado el hombre al torbellino de la vida social, busque el cotejo de su existencia con las tantas otras existencias que tiene á su alrededor. ¡Ah! Si semejante estudio se hace sin pasion, por todas partes encontrará muchos mas motivos de agradecer lo que tiene, que de envidiar lo que le falta ó cree faltarle, porque el que es pobre siempre verá otros mas pobres que él.

Pero no consiste solo en esto. La pobreza no es mas que uno de los accidentes de la vida, aunque esté generalizada la preocupacion de hacer de la pobreza una síntesis de la desgracia y considerar la riqueza como la mas genuina representacion de la felicidad. Ensánchese el campo de las comparaciones con otros goces y otras desventuras, y todavía nos presentará un resultado mas convincente, á no ser que por sistema y terquedad se quiera cerrar los ojos á toda conviccion.

Un pobre sano no se cambiará por un rico lleno de enfermedades y de dolores físicos; un pobre enfermo, que tenga familia y resignacion, será envidiado por otro, aunque no lo sea tanto, que se vea aislado de mujer, de hijos y de séres queridos, teniendo la amargura de la desesperacion en vez del consuelo de la conformidad. Un ciego cree soportable todo lo mas doloroso de la vida teniendo vista. El que ha perdido el honor y la estimacion del mundo daria cuanto tuviese á cambio de recobrarlo; el que llora la muerte de una persona querida, si tiene fortaleza de espíritu, lágrimas que desahoguen su corazon, fe para creer y esperanza santa unida á esa fe, es, en medio de su intenso dolor, objeto de comparacion envidiable para otro que, sufriendo una pena igual, tiene el corazon seco, debilidad moral para reponerse y un frio materialismo que le diga con desesperacion: «Para ti no hay ni remedio ni consuelo.»

Finalmente, hasta en el último trance de la vida, cuando el hombre siente que se acerca la hora de dejar este mundo, si su muerte es la del justo, si una vida buena le ha preparado bien á aquel paso inevitable para todos, si muere rodeado de su familia, con una serenidad de espíritu superior á los dolores del cuerpo, quizás entre los mismos que le asisten y que presencian su agonía haya quien, re-

cordando que ha de verse en trance igual tal vez muy pronto, esclame: «¡Dichoso tú!»

Si tales comparaciones en sentido provechoso para nuestra dicha no se hacen con mas frecuencia, es porque casi todos, sin darnos razon de ello, incurrimos continuamente en una grande injusticia, aunque nos creamos siempre inclinados á lo justo. Esa injusticia consiste en que lamentamos los motivos de pena y olvidamos los de satisfaccion y de gratitud. No parece sino que la parte feliz de la vida nos corresponda por derecho propio, segun lo poco que sabemos agradecerla, y que la parte desgraciada sea una carga indebida, segun lo mucho que nos quejamos de ella. Toda afliccion nuestra tiene enfrente otra mayor, ajena, del mismo ó distinto género; así como en el espectáculo de las personas que son ó aparentan ser venturosas, hay siempre, si se observa bien, alguna consideracion para compadecerlas, aunque no sea, á falta de otras, mas que la de lo deleznable y transitorio de las felicidades mundanas, que la muerte ha de nivelar con las infelicidades mayores.

Esto nos recuerda un incidente de admirable y conmovedora sencillez que nosotros presenciarnos, porque fuimos objeto de él, hace algunos años.

Viajábamos por la carretera de Oviedo á Avilés en compañía de un amigo querido, el Marqués de..... persona muy principal y tan respetable como respetada en todo aquel país. Era un hermoso dia de primavera; lucia un sol radiante, poco frecuente en aquella tierra clásica de la lluvia y de la niebla; íbamos en coche descubierto y nuestros semblantes sin duda debian respirar alegría y bienestar. Al llegar á la aldea de Lugones, hubimos de detenernos un momento para que se compusiese un pequeño desperfecto del carruaje. A la puerta de una pobre casa estaba un viejo venerable por su rostro y pobre por su traje, que era casi el de mendigo; uno de esos hijos de encantadora y sencilla bondad que tanto se ven en aquellas montañas, abrigo en tiempos remotos de los últimos restos de la nacion goda, abrigo hoy de las gentes de mas pureza de costumbres que quizás haya en España.

El aldeano, apoyado en su grueso baston de viaje, nos miraba fijamente con plácida sonrisa y sin pedirnos limosna, aunque indudablemente la necesitaria. No sabemos qué clase de ideas ó de comparaciones debió sugerirle el espectáculo de gentes que viajaban de aquel modo tan distinto del suyo; pero no fue ciertamente la envidia, sino un sentimiento de compasion, el que le hizo esclamar con el acento de la mas natural conviccion: «¡Ay! Señor. ¡Cuánto sentirán morirse!

La espontaneidad de este grito y el aspecto tan benévolo de aquel

semblante rodeado de blancos cabellos, nos hizo fijarnos en el aldeano, y al entablar con él conversacion, nos encontramos con un filósofo, aunque ignoraba hasta la palabra filosofía, que discurría, guiado por los impulsos de su excelente corazón, mejor que lo haría un sábio.

Al compararse con nosotros, al creernos por aquella simple esterilidad personas tan venturosas y tan superiores á su humilde pobreza, la espresion de bondad que se escapaba de su alma era una especie de sublime compasion. *¡Cuánto sentirán morirse....!* es decir, yo soy pobre, y cuando llegue la hora de mi muerte no me dolerá dejar este mundo, que es para mí tierra de miserias, pero estos señores que viajan en coche y que parecen príncipes, ¡cómo les dolerá dejar la tierra feliz!

¡Ah! Por desgracia el viejo aldeano de Lugones tuvo algo de profeta. Pocos años despues mi buen amigo, tan querido de los pobres por su caridad, de los ricos por su noble corazón, de todos por su inmejorable carácter, en buena edad todavía, robusto, rico, feliz y rodeado de una familia que le adoraba, moría en breves dias, víctima precisamente de un accidente de carruaje producido por haberse desbocado los caballos. Si el aldeano hubiese presenciado el cuadro de desolacion de aquella apreciabilísima familia, con razon hubiese comparado su vejez tranquila y sana con la robustez de mi amigo, herido de muerte sin necesidad de enfermedades. En vez de envidiarle, le compadecería, como nos habia compadecido en el camino de Avilés.

Apenas habrá situacion en la vida que no pueda compararse con otra peor, y como esta peor nos hubiera podido herir tambien, hé aquí por dónde la consideracion de las desgracias ajenas puede servir de lenitivo á las propias y arrancar de nosotros actos de gratitud en vez de quejas de dolor. Si esa consideracion y el ejercicio de sensatas comparaciones no nos da felicidad positiva, porque ninguna buena alma goza del mal de los demás, por lo menos nos ayudará á considerarnos menos infelices de lo que somos, cada uno en su respectiva situacion.

Antonio Guerola.

LA CARIDAD EN CHINA.

No vamos á hablar de la caridad de los Chinos, sino de la que se ejerce en China por personas extranjeras.

Aquel pais excepcional, que ha permanecido tantos siglos satisfe-

cho con su estraña civilizacion, mas material que moral, y rechazando la del resto del mundo hasta prohibir con el mismo las relaciones comerciales; aquel pais tan poco estudiado como conocido por la generalidad de las gentes, pues mientras unos solo lo aprecian por las grandezas arquitectónicas de sus pagodas y monumentos, otros lo juzgan por la inmigracion de miserables Chinos que van en busca de trabajo á nuestras islas Filipinas; aquel pais que aún nos llama *bárbaros* á los europeos, creyendo que todos somos como los ingleses, que los embriagan con ópio, ó como los franceses, que consumaron el espantoso saqueo é incendio del palacio de verano del Emperador en 1860; aquel pais, en fin, entre sus muchas originalidades, tiene la de carecer de toda organizacion de la caridad, y por consiguiente de establecimientos de beneficencia. Este vacío es tanto mas notable en un imperio abrumado por esceso de poblacion, esceso que se compone de gentes pobres y en estado de abyeccion, de miseria y de ignorancia, que contrasta con las magnificencias de su Emperador y de su corte fastuosa de mandarines.

Cuando en los tiempos modernos pudieron ya penetrar atrevidos viajeros en aquel inmenso territorio, defendido en el Sur por un mar proceloso, y en el Norte por la famosa muralla de 1200 kilómetros, que le separa de la Mongolia, ¿qué clase social pensarán nuestros lectores que fué de las primeras que se estableció en aquel suelo inhospitalario? Al lado de los sábios, de los marinos, de los comerciantes y de los industriales, fueron las Hermanas de la Caridad, sin mas estímulo ni interés que el deseo ardiente de hacer bien á los pobres Chinos.

En un rincon de la ciudad de Tien-Tsin, que es la segunda capital del imperio, distínguese un edificio modesto, que el viajero cristiano mira siempre con alegría, porque en su puerta está el signo de la redencion; una cruz. Allí hay una casa de Hermanas de San Vicente de Paul, que principalmente se dedican á la instruccion de las jóvenes. Doscientas niñas, arrancadas á la miseria, al embrutecimiento y quizás á la muerte, son educadas con esmero maternal, sufriendo gratuitamente una trasformacion física y moral la mas completa.

Para apreciar el mérito grande de este ejercicio caritativo, conviene tener presentes las circunstancias del pais en que se ejerce.

Todos sabemos cómo trabajan en Europa estas religiosas, cuyo convento ó sitio de reclusion es la sociedad entera, y á quienes con justicia puede llamárselas hijas del cielo, madres de los desvalidos, y hermanas de la Caridad. Su vida, que es un sacrificio continuado, ofrecido en la atmósfera infecta de los hospitales, en la ruda tarea de

enseñar ignorantes, de educar huérfanas, de cuidar ancianos, y hasta en la peligrosa asistencia de los heridos y moribundos en el campo de batalla, representa una de las creaciones morales que mas realzan la humanidad y que mas consuelan al espíritu del hombre pensador, cuando se ve desalentado por los progresos del egoismo y de la fria indiferencia que reina en el mundo.

Pero todavía esa vida de abnegacion la pasan aquí entre sus compatriotas, sus parientes y amigos; su vida material no tiene mas peligros especiales que los de su profesion por fatiga, por contagio ó alguna vez por heridas; les rodea el aplauso y la simpatía de todos; y finalmente, como sus votos no son perpétuos, sino que se renuevan anualmente, pueden fácilmente todos los años volver á la sociedad del mundo y al seno de sus familias.

Todos estos consuelos, todas estas ventajas, compensadoras en parte de tan grandes servicios, faltan por completo á las Hermanas que van á China. Antes se creia que expediciones á paises tan peligrosos y apartados solo podia soportarlas la fe ardiente y la robustez varonil del misionero, el interés del mercader, el valor del marino ó la pasion científica del sábio; todos hombres con la fortaleza propia de su sexo. Pues bien; las Hermanas de la Caridad, á pesar de su debilidad física, abandonan ya tambien su patria y familia, probablemente para siempre, y van á China solo porque saben que allí hay seres mas miserables aún que en Europa, á quienes pueden ser útiles los recursos y los consuelos de su celo caritativo.

No las detiene la distancia, la navegacion, el clima, la ignorancia del idioma, las costumbres repulsivas de los Chinos, ni los peligros evidentes y frecuentes que allí tiene el cristiano de perder su vida de un modo trágico. Su fe religiosa y su fervorosa caridad cristiana vencen todos los obstáculos y hacen soportables todas las repugnancias; desafian todos los peligros; y cuando sobreviene una de esas catástrofes sangrientas, capaces de alejar por mucho tiempo de aquellos paises á los extranjeros mas intrépidos, las Hermanas de la Caridad que sobreviven se limitan á decir á la casa central de París: «Faltan Hermanas; enviadnos el reemplazo de las muertas.»

Así sucedió hace poco tiempo en esa misma ciudad de Tien-Tsin. El 21 de junio de 1870, diez y siete personas europeas, entre ellas el cónsul francés, fueron bárbaramente asesinadas por un populacho furioso, que les acusaba estúpidamente de fabricar medicamentos con ojos de niños. Entre esas víctimas habia nueve inofensivas Hermanas de la Caridad; y cuando llegó la noticia á Francia, fue un espectáculo extraordinario el encontrarse el superior de la Orden lleno de compromisos por no poder satisfacer á todas las peticiones de las

muchas Hermanas que solicitaban pasar á China para reemplazar á aquellas mártires de la caridad.

Un ilustre viajero francés, el duque de Penthièvre, cuando visitó en el año 1867 la casa de Tien-Tsin, preguntó á la Superiora si deseaba volver á Francia, y ella le contestó con una sublime sencillez: «La China es una mansion de dolor para nosotras, pero es un lugar de tránsito entre la tierra y el cielo, que nosotras queremos merecer. »Dejamos la Francia para no volver á ella jamás, para cuidar aquí los enfermos y los pobres y para morir despues cumpliendo este deber.»

Considerada bajo otro punto de vista, la mision de las Hermanas de la Caridad en aquel pais ha de ser fecunda para su civilizacion y para enlazarlo á los demás con relaciones útiles á todos. Europa y América tratan, por todos los medios posibles, de hacer entrar á la China en el franco comercio de fraternidad y de interés recíproco con el resto del mundo: para ello se emplea un ejército heterogéneo de diplomáticos, marinos, soldados y comerciantes, y mucho ha de contribuir en semejante propaganda la modesta seccion de ese ejército invasor formada por las Hermanas de la Caridad, que son, en union con los Misioneros, los únicos extranjeros que no van á establecerse allí con un objeto lucrativo. Sus benéficas tareas y los prodigios de su paciencia y de su bondad no pueden dejar de hacer saludable impresion en aquellas naturalezas, rudas por la ignorancia ó envilecidas por el despotismo brutal de los mandarines. Basta que sean séres racionales, para que no puedan ser insensibles al influjo de una virtud, que se muestra tan desinteresada en quien la ejerce y tan útil para quien recibe sus beneficios.

Este cosmopolitismo de la caridad, que lo mismo trabaja en nuestras grandes capitales que en las sencillas aldeas, en los sangrientos campos de batalla que en los rincones mas inhospitalarios del Asia, si aquí entre nosotros forma un vínculo de amor entre hermanos, allá constituye además un foco de civilizacion, que quizás consiga lentamente lo que sea imposible ó difícil á la diplomacia y á las fuerzas materiales de la civilizacion moderna.

Antonio Guerola.

PENSAMIENTOS.

¡Qué triste es el sufrir, y al sufrimiento

Remedio no encontrar!....

¡Qué triste es el reir algunas veces

Con ganas de llorar!....

¡Qué triste es el amar sin ser amado!....
 ¡Qué triste es el no amar!....
 Pero es mucho mas triste, siendo ateo,
 ¡¡Ver la muerte llegar!!

¡Y qué dicha es llevar dulce consuelo
 Al triste en su ansiedad!....
 ¡Qué dicha ir derramando los tesoros
 De santa caridad!....
 ¡Qué dicha, para todos los mortales,
 De la vida gozar!....
 Pero es dicha mayor para el que cree,
 ¡¡La muerte ver llegar!!

Mariano Barranco.

EL POETA Y EL CAMPESINO.

Por Emilio Souvestre. (Traducido por D. P. T. y M.)

Por la senda que rodea el bosque que separa Santa María de las Minas de Ribauville iba un joven con lento paso, sin cuidarse de la hora ni del tiempo, aunque se acercaba la noche y la bruma se hacia mas espesa á cada instante.

Su traje de paño verde, sus polainas de cuero claro y la elegante escopeta que llevaba en bandolera, hubieran podido hacerle pasar por un Nemrod, si un libro que asomaba por su morral no hubiese denunciado al soñador, para quien la caza no es mas que un pretesto de soledad. En aquel mismo instante, el descuido meditabundo de su marcha desmentia sus apariencias marciales y probaba que Arnolfo de Munster se ocupaba menos de observar la pista de los animales salvajes, que de seguir en sus distintos giros todos los caprichos de su pensamiento.

Hacia algunos instantes que este se habia vuelto hácia el recuerdo de la familia y los amigos que dejara en París. Recordaba el elegante estudio que su cuidado habia decorado con grabados fantásticos, con cuadros curiosos, con estátuas notables; las melodías alemanas que cantaba su hermana; los versos melancólicos repetidos por él á la velada luz de las lámparas por la noche, y aquellas largas conversaciones á que cada uno contribuia con la confianza de sus sensaciones mas íntimas, donde todos los misterios del sentimiento

eran alternativamente discutidos, examinados, traducidos á palabras espresadas con calor ó sencillez. ¿Por qué habia dejado aquella sociedad escojida y aquellos placeres delicados para venir á encerrarse en una aldea de la Alsacia? La imperiosa necesidad de los negocios ¿era una excusa suficiente para esta desercion? ¿No hubiera sido mejor afrontar una pérdida de metálico, que sufrir la prosáica existencia de provincias? ¿Qué iba á ser de la naturaleza delicada y escojida de aquel joven en medio de tantas naturalezas vulgares?

Haciéndose estas preguntas y otras muchas, Arnoldo habia continuado su paseo sin ocuparse del camino que seguia. Al fin fue arrancado á su meditacion por la impresion de la bruma, que trasformada en lluvia, comenzaba á calar su cazadora. Quiso entonces apresurar el paso, pero al mirar en rededor se apercibió de que se habia perdido en las revueltas del bosque, y en vano intentó hallar la direccion que debia seguir. Con la primera tentativa no consiguió mas que estraviarse por completo. El dia desapareció, la lluvia se hizo mas espesa y él continuaba internándose al azar en caminos desconocidos.

El desaliento se apoderaba de él ya, cuando un ruido producido por cascabeles llegó á su oido al través de los despojados árboles. Un carromato conducido por un hombre corpulento, vestido con una blusa azul, acababa de aparecer en un camino lateral y se dirigia hácia la plazoleta donde llegaba nuestro joven.

Este se detuvo para esperarle, y le preguntó si estaba lejos de Sersberg.

—¿Sersberg! repitió el carretero; ¿supongo que no pensareis dormir allí esta noche?

—Allí pensaba pasarla, replicó el joven.

—¿En el castillo de Sersberg? dijo su interlocutor; entonces conoceréis un camino de hierro que conduzca allí. Está á seis leguas largas de aquí, y con este tiempo y el estado en que se encuentran los caminos equivalen á doce.

Arnoldo ponía el grito en el cielo. Habia salido por la mañana del castillo y no creía haberse alejado tanto; pero el campesino comprendió por sus esplicaciones que habia equivocado la direccion durante muchas horas, y que creyendo seguir el camino de Sersberg le habia vuelto precisamente la espalda. Era demasiado tarde para reparar semejante error: la aldea mas próxima distaba una legua, y Arnoldo no conocia el camino; se vió pues forzado á aceptar el albergue que le ofreció su nuevo compañero, cuya granja se encontraba felizmente á algunos tiros de fusil.

Acomodó pues su paso al del carretero é intentó entrar en con-

versacion con él; pero Moser era poco hablador y parecia completamente extraño á las sensaciones habituales del joven. Cuando este le mostró el magnífico horizonte que se estendia ante sus ojos al salir del bosque, al que daban tintas purpurinas los últimos resplandores del sol poniente, el arrendatario se contentó con hacer un gesto.

—¡Mal tiempo para mañana! murmuró atrayendo sobre sus hombros la manta que le servia de capa.

—Desde aquí debe verse todo el valle, dijo Arnoldo, que se esforzaba por penetrar las tinieblas que envolvian ya la falda de las colinas.

—Sí, sí, dijo Moser moviendo la cabeza; la perra de la cordillera es bastante alta para esto. ¡Es una invencion que no sirve para nada!

—¿Qué invencion?

—¡Pardiez! las montañas.

—¿Preferiríais que todo fuese llano?

—¡Qué pregunta! exclamó el campesino riéndose; es como si me preguntáseis si quiero reventar mis caballos.

—¡Es verdad! dijo Arnoldo con una ironía despreciativa; ¡olvidaba los caballos! Es claro que Dios debió pensar en ellos ante todo cuando creó el mundo.

—Dios no sé, replicó Moser tranquilamente; pero de seguro los ingenieros harian mal en olvidarlos cuando construyen un camino. El caballo es el mejor amigo del labrador, caballero...., sin ofender á los bueyes, que tienen tambien su valor.

—¿Es decir, que no veis en lo que os rodea mas que el partido que de ello se puede sacar? preguntó con seriedad el joven; el bosque, la montaña, las nubes, todo esto ¿no dice nada á vuestro espíritu? ¿Jamás os habeis detenido ante el sol poniente ó á la vista de los bosques alumbrados por las estrellas, como en este momento?

—¿Yo, exclamó el campesino? ¡Diantre! ¿Creeis que hago yo almanaques? ¿Qué sacaria yo de vuestro sol poniente y de vuestro alumbrado de estrellas? Lo interesante es ganar con qué hacer las tres comidas y tener el estómago caliente..... ¿Quereis un trago de *agua de cerezas*? Esto viene del otro lado del Rhin.

Y alargaba una botella forrada de junco á Arnoldo, que rehusó con un gesto. El positivismo grosero del campesino le habia vuelto á su tristeza y á sus desdenes.

(Se continuará.)